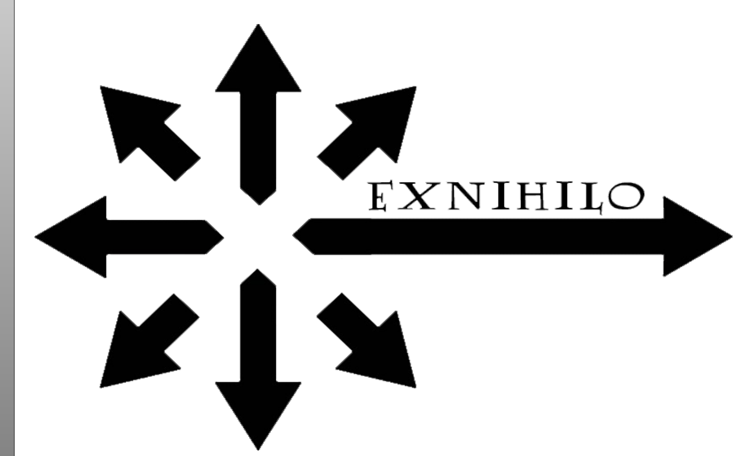
OCTAVA EDICIÓN / SEP 2016



> ***"Nuestras revoluciones son puramente verbales y cambiamos las palabras para darnos la ilusión de estar reformando las cosas, tenemos miedo de todo y de nosotros mismos, encontramos la manera de eliminar la audacia yendo más allá de la audacia y tener ocupada la locura exagerando la locura"***.
>
> **ALBERTO CARACO | UN PROVOCADOR INCENDIARIO**

Nota Editorial



Siento un profundo desprecio por el Hombre moderno, por el ciudadano. Siento que es innegable su exterminio cual holocausto; el tiempo me da la razón y las circunstancias me reafirman. El ser humano ha de ser esterilizado en masa, como son administradas las vacunas. Es fundamental despreciar la moral de la familia, sus dioses e ideales. Vivo en tiempos vomitivos, el hedor que me rodea es nauseabundo y los conciudadanos lo son aún más. Bueno, en realidad, la conclusión es sencilla. La vida no merece ser vivida, la vida no tiene ningún tipo de precio, cuantía o valor cuando la viven seres inocuos que ante todo se arrodillan. No siento respeto por la vida que se me ha impuesto, repleta de problemas o en su defecto, alegrías problemáticas. Me gustaría saborear la libertad del abortado. El que destruye el concepto de la cuantía de la vida, el que no entiende de ideología o razón. El abortado es salvaje y provocador. Me río así del buen entender del cura, del político, del padre y la madre, de la democracia de libre mercado, del feminismo moderno, de la sociedad y de los ciudadanos que la habitan. Como abortado me elevo por encima de todo lo bueno y lo malo, de las ideologías emancipadoras, de la razón humanística, sólo comprendo y comparto la pasión de mi Ego.



I | INMOLARSE EN EL RECUERDO

La vie est vaste, étant ivre d´absence.

TOMAS RAMON | 19.11.11

extraído de www.tomasramon.blogspot.com

Albert Caraco (Constantinopla, 1919 – Paris, 1971) es un provocador incendiario con las heridas abiertas que zigzaguea entre la delgada línea que separa la locura de la lucidez más incómoda, la más lacerante, aunque no menos que el actual orden y sus simulacros de revoluciones y conflictos. Una mezcolanza que no priva de sufrimiento a muchos, si bien estos se debaten camino del matadero y de siglos (felizmente) pretéritos entre los dos polos opuestos de la cobardía: el optimismo y la autocompasión. Mientras, la razón sufre desde la distancia de la vida misma, allí donde un fatalismo superlativo e irreversible se instala, y donde los razonamientos acaban cediendo terreno a un lamento seco

que a nadie busca ya seducir. Caraco es una voz crepuscular sin la profundidad ni matices, ni la inteligencia ni la ironía, de Emile Cioran (aquella que Octavio Paz creía que "nos ayudaba paradójicamente a vivir"), pero que también acusa al hombre de ser el único responsable de su precaria condición y lo hace desde prismas más peligrosos, desde púlpitos que ignoran la complejidad del mundo y todo lo reducen a una ecuación matemática. En parte también desde el odio mal disimulado que llevaba dentro y que se convirtió en el peor enemigo de sí mismo. Desde la derrota. Con su desprecio al mundo se enterró a sí mismo: su suicidio, horas después de la muerte de su padre, reveló su obra póstuma y le libró de más escarnio público. El miedo a existir en un mundo donde todo parece tan gratuito que acontece insoportable y la pérdida del último de sus progenitores, que lo condenaba a enfrentarse sólo a la vida, pesaron demasiado sobre él. Las profecías apocalípticas de sus escritos no se han cumplido, y, sin embargo, la cuerda sigue tensándose y el caos se agazapa enmascarado en las ficciones de las gacetillas, cada vez más amenazadoras e incomprensibles en su origen y devenir, siempre tan mitigadoras. Quizás Caraco subestimó la insondable capacidad de sufrimiento del hombre o su resignada esperanza, quizás olvidó la larga tradición de explotación del hombre por el hombre. Mucha poesía se ha escrito después de Auschwitz, muchas páginas se escriben cada día después de cada día. Las denuncias y las tropelías que deberían prender la mecha se repiten y caen en saco roto, en frívolas entrevistas y otros masajes mediáticos: la información no es un problema, la nula conciencia sí, las imágenes que nos adiestran para la vida, y, sobre todo, la corrupción de todos los discursos, la cobardía a dar la cara cuando importa y, en cambio, empalabrar la realidad a nuestro antojo.

La editorial – distribuidora Ex Nihilo se atrevió con el Breviario del Caos. Es decir, el holocausto demográfico de la ley de Malthus, la superpoblación y los excesos que conducen a la progresiva pauperización, a la esclavitud como elección desde la libertad sin conciencia de las ataduras. *"Se me reprochará que edifique sobre la catástrofe y la considere la condición previa al reordenamiento del universo… Reconozco mis errores, quiero declararme culpable. Hay que redefinir al hombre y repensar el mundo, pero ya es demasiado tarde, incluso para soñar con ello. Los salvadores pasan al igual que*

las generaciones y el orden permanece”, sentenciaba.

Tan sólo nihilistas y anarquistas gozaban de su simpatía por “*ser los únicos clarividentes”*, por, intuyo, bajarse de la noria y no actuar como figurantes ni apostar por secundarios de la misma historia. Caraco es un maldito, no un escritor que incorpora el malditismo como etiqueta para vender más e insuflar rebeldía impostada a sus lectores, sino un maldito que no tiene lugar en las estanterías y que ha sido deportado de las librerías. Todo con el inusual mérito de que sus libros agrandan su lista de enemigos, reduce el número de posibles lectores y alargan su condena como proscrito. Su perfil biográfico no exige menos, aunque alguien podría argumentar que el talento no siempre cae del lado de la bondad. Hay bastardos que lo tienen a raudales, auténticos psicópatas que dejan caer de vez en cuando alguna verdad.Con todo, en Breviario del caos se agolpan sin ambages los peores reflejos de nosotros mismos en todos sus excesos: mirar al abismo forja el carácter si uno consigue alzar la mirada después. Y, como se suele decir en estos casos y ante tanto timorato, más en los tiempos que se avecinan, no me hago responsable de sus opiniones citadas, ni el hecho de que las reproduzca es sinónimo de avenencia.
De súbito, dice Caraco, nos preguntamos el porqué de aquello que nos pasa, nuestra confianza en un progreso sin límites se desvanece tras años de ensueño girando en círculo y el mundo, transformado por el hombre, escapa de su sombra: nuestras obras nos superan y se vuelven en nuestra contra. Debemos nuestro entendimiento a nuestra violencia y apenas recordamos ya las lecciones del pasado, pues la única lección que enseña la historia es a olvidar los avisos. Ahí está, por ejemplo, el capitalismo y sus crisis cíclicas (cada vez más abisales) y sus respuestas cínicas (cada vez más desvergonzadas y públicas). Un naufragio en jerga tecnocrática y opaca que arroja impunidad para sus responsables y ahoga a millones de homo videns que, sí, un día tras otro también soñaron con ser contramaestres.

Demasiado ocupados en aparentar ser felices como para sentirse solos y observar el engaño, tan deseosos de participar en las emociones generales y el way of life. Jean Baudrillard se preguntaba en El abismo del sentido (1978): *“¿Podemos preguntarnos sobre ese hecho extraño de que después de varias revoluciones y un siglo o dos*

de aprendizaje político, a pesar de los periódicos, de los sindicatos, de los partidos, de los intelectuales y de todas las energías puestas para educar y para movilizar al pueblo, se encuentren aún (y se encontrarán exactamente igual dentro de diez o dentro de veinte años) mil personas para levantarse y veinte millones para permanecer "pasivas" y no solamente pasivas, sino para preferir francamente, con toda la buena fe y con alegría y sin siquiera preguntarse por qué, un partido de fútbol a un drama humano y político?". La ecuación es la misma: They live. We sleep. El tan manoseado *"Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie"*, de Lampedusa. Y es que si uno se queda quieto está muerto y nadie le va a tender una mano. La norma es perseguir una miseria estable, real y lo mejor disimulada posible, una burbuja inflada que otorga exiguos derechos siempre a la baja a personas tan ocupadas trabajando por sobrevivir que jamás podrán pensar en cómo vivir.

Según Alberto Caraco, "*las ciudades que habitamos son las escuelas de la muerte porque son inhumanas", allí nos "apilamos por millones perdiendo nuestras razones de vivir" y de las que "no saldremos salvo muertos, pues nuestro destino es siempre multiplicarnos con el único fin de parecer innumerables". "Los hombres están a la vez libres y atados, más libres de lo que desean, más atados de lo que notan, compuesta de sonámbulos la muchedumbre de mortales, y el orden que no tiene interés en que ellos salgan del sueño porque se volverían ingobernables"*, añade. *"Nuestros padres, ellos tenían la elección de morir o sobrevivir, mientras nosotros sobrevivimos ya. El mundo está lleno de gente que sueña con morir. En el caos donde nos hundimos hay más lógica que en el orden, el orden de muerte en el que permanecimos tantos siglos y que se desarma bajo nuestros pasos automáticos. Los hombres más puros no tendrán más que el recurso de matarse los unos a los otros para no despreciarse a sí mismos"*, afirma en las páginas Breviario del caos.

En el universo pesimista de Caraco el orden y la guerra –el exterminio– avanzan inseparables de la mano y no basta con declararle la paz al mundo pues cree que nadie escucha, nadie se escucha. Su visión apocalíptica, de constante redoble, se extiende

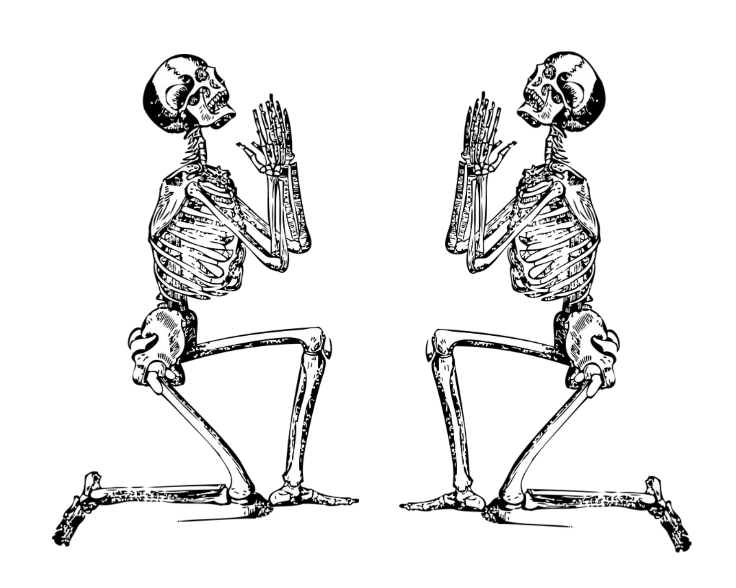
página tras página sin propuesta alguna de enmienda: *"Pronto el mundo no será más que un astillero donde, igual que las termitas, miles de ciegos, afanados por perder el aliento, se afanarán, en el rumor y en el hedor, como autómatas, antes que despertarse, un día, presas de la demencia y que degollarse unos a otros sin cansancio"*. Sostiene que la locura se enraíza bajo nuestros edificios y es nuestra muerte lo que reclama. No hay diálogo posible, y Caraco sólo contempla en el caos una nueva oportunidad al más puro estilo de Wall Street, al tiempo que pregona nuestra culpabilidad con un orden que nos aboca a un sólo destino. Preferimos, dice, la catástrofe a la reforma, antes elegimos inmolarnos que repensar el mundo y no lo repensaremos más que en medio de las ruinas con dioses hechos a nuestra imagen, nuevos hologramas corporativos y figuras del entretenimiento que nos apacigüen, pues el espectáculo, como apuntaba Guy Debord, "es el guardián del sueño" de una sociedad que no expresa finalmente más que su deseo de dormir. La fe, dice el escritor, no es más que una vanidad más entre las vanidades y el arte de engañar al hombre sobre la naturaleza de este mundo, que es de absoluta indiferencia, como cuando te cortan la entrada del cine o te cobran sin mirarte. De poco sirven para Caraco las páginas de la historia, los errores del pasado. "*Ofrecemos un caos de migajas a la generación que viene y negamos las lecciones de la historia, queremos siempre innovar, para estar a la moda"*, ironiza. Y en la moda todo vale para llamar la atención. No obstante, no inventamos nada nuevo. ¿Y la palabra? ¿El diálogo? *"Entre nuestros medios y nosotros no existe ya un lenguaje común, y por ello la palabra comunicación está de moda"*. ¿Y el llamado progreso, hoy convertido en capitalismo cool en el que los objetos nos transfieren nuestra forma de ser y nuestro espíritu, por encima de nuestras acciones? *"No le guardo rencor al hombre común, cada vez más indiferente y que se estima satisfecho porque la industrialización le procura las apariencias de la felicidad, aunque sea de manera provisional", asegura*.

Afirma Caraco que la masa se consuela engendrando hasta perder el aliento con el fin de ser innumerable y de abastecer, sin cansancio, a una legión de víctimas. *"El número es el instrumento del mal, el mal quiere que los hombres se multipliquen, pues mientras más supearbunden los hombres, menos vale el hombre, para ser humano*

el hombre no será nunca lo suficientemente escaso", escribe. Ataca con furor al orden y a las estructuras de poder, al tiempo que avisa que el tiempo de las plegarias ha caducado. *"Nuestras religiones nos engañan sobre nuestra evidencia y los creyentes no repensarán el mundo. Nuestros intelectuales no saben más que actuar y nuestros religiosos no saben más que mentir, ninguno sueña con repensar el mundo. Un hombre digno de este nombre en este siglo no cree en nada y de ello se vanagloria"*, vocifera. Las religiones son fácilmente substituibles por los gobiernos, y hoy en día los gobiernos por aquellos más a la sombra, que como los verdaderos burgueses, y no aquellos que hacen ostentación estirando en el imaginario su clase media a base de la contracción de deudas, anteponen la discreción a sus vicios. La confrontación no falta, entre gobierno, religión y el poder, pero en el fondo se utilizan los unos a los otros sin jamás herir las conveniencias. Pura escenificación entre tanto ajetreo por vivir con el entusiasmo que ponen las chicas que no son demasiado guapas. Y aquí Caraco denuncia el simulacro en que se ha convertido, tanto la felicidad como el dolor, y, sobre todo, el cambio en el que muchos creen. *"Nuestras revoluciones son puramente verbales y cambiamos las palabras para darnos la ilusión de estar reformando las cosas, tenemos miedo de todo y de nosotros mismos, encontramos la manera de eliminar la audacia yendo más allá de la audacia y tener ocupada la locura exagerando la locura"*. Puramente verbales, como la contracultura que diseccionan Joseph Heath y Andrew Potter en Rebelarse vende. Una contracultura que se ha zambullido a la izquierda a cambio de un nadie nos representa tan seductor como estéril. Gritos sin dirección que claman un autoindulto inmerecido, como si nos acabáramos de despertar y nada de esto tuviera que ver con nosotros. Gritos, para más inri, encallados en el apoliticismo, en las ilusiones y en dar lecciones de las que nadie toma nota y que rápidamente se tergiversan ya que la insatisfacción hacía lo existente se ha convertido en una mercancía para una prensa alienada que les olvidará mañana y rescatará cuando les convenga. Sólo después de olvidar eres inocente, y por eso culpable.

"La revolución no va a llegar. Nuestros soldados son todos traidores. La batalla no se está librando. La guerra no se ha declarado. No hay bandos suficientes para contender. Sólo hay un bando, que se ejercita luchando contra sí mismo en un espejo mediático. Que no existía

nada parecido a 'acción colectiva', a 'movimiento social', ni siquiera a 'trabajo en equipo'. Aquí cada cual salvaba su propio culo, abonaba su propia felicidad, detectaba un beneficio adecuado a su carácter y a sus deseos y lo extraía de la máquina: del trabajo, de la gente, de las desgracias ajenas, del escaparate. Pensé que nadie nunca había hecho nada por los demás. Pensé que nadie nunca haría nada por los demás. Porque nadie ignora el significado de la palabra 'recompensa'. Me compensa. Me conviene. Te compensa. No es hipocresía. Es esquizofrenia. Un pie en el barro y el otro en el cuento de hadas. El ciudadano se ignora a sí mismo". ¿Durante cuánto tiempo nos seguiremos engañando con esta mierda? [...] ¿No sería mejor dejarlo todo al albur del caos, cesar en las ayudas puramente amansadoras, y permitir un sufrimiento tal que, al cabo, hiciera a millones de personas tomar las armas y devolvernos la calderilla? La solidaridad no sólo ha fracasado, sino que ha evitado la reacción. Ha abierto sucursales de esperanza en el espacio reservado a las franquicias de la revolución. [...]. Ha puesto diques al dolor y ha dado a las empresas multinacionales un argumento de marketing: basta con poner un logo solidario en su etiqueta. La solidaridad se volvió superficial, se alejó del terreno íntimo para ser incorporada al simulacro.... Es muy fácil arreglar el mundo a distancia: parece que hasta funciona. Pero no funciona, lo siento mucho. Todo eran campañas simbólicas, simulaciones a medio camino entre el sentimiento de culpa y el sentimiento de distinción que no aportaban nada a la labor de mejorar el mundo. Los abajofirmantes eran los abajojodientes". Un discurso de ideas con ganas de agradar e incendiar, pero muy en sintonía con las tesis de Caraco.



I | ¿EL SUICIDIO DE OLGA LIUBATOVITCH?

Extraído de "La verdadera historia sobre la nihilista olga liubatovitch"

El 27 de julio de 1878 la pequeña ciudad de Talutorovsk, al oeste de Siberia, se vio sacudida por una triste noticia. Una presa política llamada Olga Litibatovitch se había suicidado. Amada y respetada por todos, su violenta muerte causó mucha tristeza en toda la ciudad, y el ispravnik, el jefe de policía, fue señalado en secreto por haber obligado a aquella pobre y joven chica, con sus injustas persecuciones, a quitarse la vida.

Olga había sido trasladada a Talurovsk varios meses después del juicio de “Los Cincuenta” en Moscú, donde había sido condenada a nueve años de trabajos forzados por su actividad política. Posteriormente, su sentencia había sido conmutada por cadena perpetua. Allí estaba desprovista de cualquier medio de subsistencia, porque su padre, un ingeniero pobre con una extensa familia, no podía enviarle nada. Olga consiguió un trabajo a fuerza de voluntad. Aunque era poco experta en las llamadas labores femeninas, se esforzó en dominar la aguja, convirtiéndose en la modista de las mujeres de la ciudad, fascinadas con su trabajo. Aquellas mujeres provincianas estaban convencidas -imposible saber por qué- de que la elegancia de una prenda dependía sobre todo de la cantidad de bolsillos que tuviese. Cuantos más bolsillos hubiese, más elegante sería el vestido. Olga nunca se negó a satisfacer aquellas peticiones tan singulares. Puso bolsillos en el lugar de los bolsillos, pero también en el cuerpo, en las faldas, en las enaguas; delante, detrás, en todas partes. Las mujeres casadas y las más jóvenes se pavoneaban, convencidas de que iban vestidas como las más elegantes de París y, aunque eran menos generosas con su dinero que con sus elogios, Olga podía llegar a fin de mes. Más tarde consiguió un trabajo acorde con sus conocimientos. Antes de empezar a trabajar en fábricas y talleres como costurera había sido estudiante de medicina en Zurich durante varios años, y eso le permitió ayudar a curar algunas enfermedades.

Esto le dio una buena reputación enseguida y, a petición de los ciudadanos, consiguió un permiso de la policía para ocupar el puesto de boticaria y flebotomista, ya que el anterior responsable de ese trabajo bebía demasiado y no podía ocuparse de él. Era bastante frecuente que ella realizase incluso las labores del médico de distrito, un hombre digno que, debido a un temblor de manos causado por su avanzada edad y por su alcoholismo, no podía encargarse de las operaciones más delicadas. Olga ayudó también en varios casos graves, sorprendiendo a todos con sus conocimientos de medicina tradicional. Algunas de sus curaciones fueron consideradas milagrosas, entre otras la del juez del distrito al que, mediante un determinado tratamiento, Olga había salvado de un violento ataque de delirium tremens, una enfermedad muy común en casi todos los

hombres de ese salvaje país.

En definitiva, Olga gozaba del favor de la buena gente de Talutorovsk y la policía la odiaba aún más por ello. Su orgullo e independencia no la permitían someterse a las estúpidas y humillantes exigencias de los representantes del Gobierno. Esos representantes, bárbaros y despóticos, consideraban cada intento de defender su dignidad personal como una falta de respeto -o mejor dicho, como una provocación-, y nunca perdían la ocasión de vengarse. Siempre existió una guerra abierta entre Olga y sus guardianes, una guerra de una débil mujer, atada de manos y pies, contra un enemigo fuertemente armado y con poder ilimitado sobre los presos políticos que estaban bajo su custodia. Sin embargo, en esa lucha desigual Olga no siempre era la que peor parada salía. Era orgullosa y audaz, no tenía miedo a nada y siempre estaba dispuesta a arriesgarlo todo por la cosa más nimia. Uno de esos conflictos, que duró cuatro días y mantuvo a toda la población de la pequeña ciudad en estado de alerta, fue tan singular que merece ser relatado.

Los padres de Olga le enviaron unos cuantos libros. Fue a la comisaría a recogerlos, pero se encontró con un imprevisto. Entre los libros figuraba una traducción de "Sociología", de Herbert Spencer, pero el ispravnik lo confundió con un ensayo sobre socialismo y se negó a dárselo. Olga intentó en vano explicarle que aquel libro había sido publicado en San Petersburgo con la aprobación y licencia del órgano encargado de la censura, que sociología y socialismo eran cosas muy distintas. El ispravnik era terco y la discusión fue acalorándose. Olga le recriminó su ignorancia, indicándole que sus precauciones eran ridículas, que ella ya tenía en casa una docena de libros como el de Herbert Spencer.

-¡Ah! ¿Que tienes libros como este en casa?- exclamó el ispravnik. -Muy bien, iremos a tu casa a buscarlos.

-No- exclamó Olga muy indignada. -No lo harás, no tienes derecho, y si te atreves a venir me defenderé yo misma.

Con esas palabras abandonó el local, completamente enfurecida.

La guerra había sido declarada, y el rumor se extendió por la ciudad, creando por todas partes una especie de curiosidad temerosa.

Olga fue directa a su casa, se encerró y montó una barricada en la puerta. El ispravnik, por su parte, se preparaba para el ataque. Reunió un grupo de policías y algunos civiles que debían servir de testigos y los envió a casa de Olga. La entrada de la vivienda estaba bloqueada, así que el grupo comenzó a empujar y golpear la puerta con violencia mientras ordenaba a la reclusa que abriese.

-No abriré la puerta-, contestó la voz de Olga desde dentro.

-Abre en nombre de la ley.

-No abriré la puerta. Rompedla y entrad. Me defenderé.

Ante esta declaración el grupo se quedó perplejo. Se celebró un consejo de guerra. "Tenemos que romper la puerta", dijeron. Pero como todos ellos tenían familia, esposas e hijos que no deseaban dejar huérfanos, nadie se atrevía a hacer frente a los disparos de aquella loca, que era capaz de hacer cualquier cosa para defenderse.

Recurrieron a la diplomacia.
-Abra la puerta, señorita

No hubo respuesta.

-Por favor abra la puerta, o se arrepentirá.

-No abriré la puerta- replicó con firmeza Olga.

Enviaron un mensajero al ispravnik para informarle de que Olga Liubatovitch se había atrincherado en su casa, que les había apuntado con una pistola y que había amenazado con volarle los sesos al primero que se atreviese a entrar. El ispravnik, teniendo en cuenta que debía ser él el que tomase la iniciativa y que también tenía familia, se negó a llevar a cabo una empresa tan peligrosa. Su milicia, abandonada por su líder, estaba consternada y desmoralizada. Después de varios intentos infructuosos por la vía

diplomática, se retiraron avergonzados. Mantuvieron un pequeño grupo de vigilancia cerca de la casa, escondido tras los arbustos de los huertos de los alrededores. Esperaban que el enemigo, eufórico por la victoria de este primer encuentro, saliese y pudiese ser apresado fácilmente.

El ispravnik, en este ambiente de confusión, decidió evitar el mal mayor y al cuarto día retiró el grupo de vigilancia. Así terminó el pequeño conflicto de julio de 1878, conocido en Siberia como “el cerco a Olga Liubatovitch”. La gracia del asunto es que Olga no tenía más que una navaja y algunos utensilios de cocina para defenderse. El ispravnik podría haberle hecho pagar su insumisión con varios años de reclusión, pero no hubiese sabido explicar a sus superiores su cobardía ni la de sus subordinados. Prefirió dejarla en paz, pero no olvidó el asunto, sobre todo viendo que los partidarios de la joven se reían de él y de sus hombres. De carácter obstinado, decidió resarcirse de la ofensa de este modo.

Dos semanas después del famoso asedio, envió un mensaje a Olga para que viniese a su despacho a las ocho de la mañana. Ella acudió. Esperó una hora, dos horas, pero nadie la atendió ni le explicó nada. Se cansó de esperar y dijo que tenía que irse, pero el oficial de intendencia le dijo que debía quedarse, que esperase, que esas eran las órdenes del ispravnik. Esperó hasta las once. No vino nadie. Al final apareció un subalterno, y Olga se dirigió a él para preguntarle para qué se la requería. El hombre contestó que no lo sabía, que ya se lo diría el ispravnik cuando viniese, pero que no sabría decirle cuando volvería exactamente.

-En ese caso- dijo Olga- prefiero volver en otro momento.

Pero el oficial de policía insistió en que debía esperar en la antesala del despacho, tal como había ordenado el ispravnik. No cabía duda de que todo era un triste intento para provocarla y Olga, que tenía mucho carácter, realizó algunas observaciones bastante irrespetuosas respecto al ispravnik y su adjunto.

-¿Es así como tratas a los representantes del gobierno en el ejercicio de sus funciones?-, exclamó el policía adjunto. Llamó de

inmediato a otro policía como testigo, y redactó una declaración de acusación contra ella.

Olga se fue. Sin embargo, el juez del distrito, el mismo al que había curado de delirium tremens, inició un procedimiento contra ella. La sentenció a tres días de confinamiento en una celda oscura, un agujero fétido lleno de suciedad e insectos. Cuando la soltaron, tenía el aspecto de haber pasado por una enfermedad grave. No habían sido tanto los sufrimientos físicos, sino la humillación lo que había hecho mella en su estado anímico.

Se volvió sombría, taciturna, incluso brusca. Pasaba los días enteros encerrada en su habitación, sin ver a nadie, o se iba a un bosque vecino alejado de la ciudad, evitando a la gente. Tramaba algo. Los vecinos de Talutorovsk, que la tenían en alta estima y se preocupaban por ella, especulaban y hablaban de lo que la sucedía, pero nadie podía imaginar un final tan tráfico como la noticia del veintisiete de julio.

Pero el enemigo era terco y prudente. Percatándose de las maniobras de sus adversarios, Olga adivinó sus intenciones. No salió de casa en todo el día, ni al día siguiente, ni al tercero. Tenía provisiones y agua en casa. Estaba muy bien preparada para aguantar un asedio largo. Estaba claro que si nadie iba arriesgar su vida no podían hacer nada salvo dejarla morir de hambre. En ese caso, ¿cuánto tiempo duraría el escándalo de esta rebelión?, ¿quién podría garantizar que Olga no se suicidara en lugar de rendirse? Y entonces, ¿qué quejas y reprimendas tendrían por parte de sus superiores?

La dueña de la casa entró en su habitación y la encontró vacía. La cama, perfectamente hecha, mostraba sin lugar a dudas que nadie había dormido ahí. Olga había desaparecido. Lo primero que pensó es que había escapado. Fue corriendo a avisar al ispravnik, temiendo que si no informaba a tiempo podrían considerarla cómplice de la huida.

El ispravnik temía que la huida de Olga Liubatovitch, una de las mujeres más buscadas de Rusia, le pudiese costar su puesto de trabajo por grave negligencia en su vigilancia. Se dirigió rápidamente

a la casa para investigar hacia dónde podría haberse fugado. Nada más entrar en su habitación encontró dos cartas firmadas y selladas sobre la mesa, una dirigida a las autoridades y otra a la hermana de Olga, Vera Liubatovitch, que también había sido desterrada a otra ciudad siberiana. El ispravnik abrió ambas cartas. Revelaban que Olga no se había fugado, sino que se había suicidado. En la carta dirigida a las autoridades decía, en pocas líneas, que se había matado ella misma y que no acusasen a nadie por ello. En la de su hermana explicaba, con más detalle, la vida de sufrimiento que llevaba, su inactividad y el desgaste gradual propio de un preso político en Siberia. No podía soportarlo más y había decidido ahogarse en el Tobol. Terminaba la carta pidiendo perdón a su hermana por el dolor que podría provocar su muerte, tanto a ella como a sus amigos y compañeros de infortunio.

Sin perder ni un momento, el ispranvik se dirigió al Tobol, donde encontró la confirmación de la decisión de Olga. Partes de su vestido colgaban de los arbustos, entre ellos su sombrero, empapado por las aguas del río. Algunos campesinos relataron como el día anterior habían visto a Olga vagando cerca de la orilla con aspecto sombrío y melancólico, con la mirada fija en las aguas turbias del río. El ispravnik, por cuyas manos pasaba toda la correspondencia de los presos políticos desterrados en su distrito, recordó ciertas expresiones y comentarios en las cartas de Olga Liubatovitch que le habían impresionado y que ahora cobraban sentido.

No había ninguna duda. El ispravnik ordenó a todos los pescadores de la zona rastrear el río con postes y redes con el fin de recuperar el cuerpo. No encontraron nada, aunque tampoco era de extrañar. El río era muy caudaloso y en una sola noche su cadáver podría haber sido arrastrado muchos kilómetros abajo. El ispravnik ordenó continuar la búsqueda durante tres días, pero tras varias redes rotas y varios ayudantes enfermos, desistió.

PEOPLE DON´T
WANT TO HEAR
THE TRUTH
BECAUSE THEY
DON´T WANT
THEIR ILLUSIONS
DESTROYED.

— FRIEDRICH NIETZSCHE